

Ernesto Montenegro

Las memorias de un desmemoriado

► Hace exactamente 119 años nació este escritor en San Felipe.

GABRIEL CASTRO

"... Valparaíso fue el puerto de Aconcagua mucho antes de que los ministros de Ibáñez así lo dispusieran. Es su metrópoli, su puerta natural. Así como otros campesinos bajan a su pueblo para las compras, el aconcagüino bajaba al Puerto para sus transacciones. Todo el barrio del Barón y hasta muy adentro del Almendral se halla poblado con aconcagüinos natos, que hoy son jefes de pilastra en el Cardonal, o dueños de una chichería en las Delicias...". Este fragmento de crónica le pertenece a Ernesto Montenegro (San Felipe, 6 de abril de 1885-13 de Junio de 1967), y es parte del capítulo IX, "Memorias de un condenado a las galeras", de su libro póstumo "Memorias de un desmemoriado"

Fue el desapercibido compañero de generación de Joaquín Díaz

Garcés, Augusto D'Halmar, Daniel Riquelme, Olegario Lazo Baeza y Víctor Domingo Silva, entre otros clásicos autores que les tocó inaugurar la literatura chilena del siglo XX.

Poeta en sus comienzos, y nada malo, pues le valió un elogio de Miguel de Unamuno que por esos años paraba en Argentina. Luego comenzó su trabajo de periodista, su vocación en collera con la literatura. Corresponsal en el extranjero, traductor de D.H Lawrence y Huxley, ensayista, crítico y antólogo (a él se le debe el rescate de la poesía tan dispersa como necesaria de Carlos Pezoa Véliz) se ocupó casi toda su vida a prestarles atención y tribuna a otros autores, dejando de lado su propia obra. El ejemplo más claro de su filantropía literaria es que sus memorias ya citadas están compuestas por algunos borradores inconclusos en

su revisión, después de años de escuchar a sus amigos insistiéndole que escribiera de sus viajes y peripecias.

Ni más ni menos como lo hizo el personaje-narrador de su libro más célebre: "Mi tío Ventura".

La muerte llegó un poco antes de que estuvieran transcritos sus recuerdos. En 1969 la Editorial Universitaria los publicó. En ese volumen están sus adolescentes primeros pasos periodísticos que pronto lo llevaron a escribir en este mismo Diario. También su paso como fundador de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile y uno de los primeros presidentes de la SECH. Hay también impresiones de viaje por el país y el extranjero, reseñas de autores que conoció, como José Eustaquio Rivera.

Toda esta escritura hilada finalmente por una prosa que no olvi-

dó los mayores poderes de la buena poesía cultivada en sus primeros años: ser certero, ágil, evocador, gracioso, de pocas pero buenas palabras.

Indudablemente a la altura, pero menos conocido que otros grandes cronistas como nuestro Joaquín Edwards Bello o Vicente Pérez Rosales con sus "Recuerdos del Pasado", esta desmemoria seguramente es resultado de un empeño en la modestia, pero impedida con los absolutamente recomendables textos de Ernesto Montenegro, de los cuales, a la hora de su muerte, dijo el decano de los críticos nacionales, Alone: "Su lectura hace bien al espíritu y nos presenta una imagen del chileno que cada cual puede mirar con orgullo".

Lo cual, me parece, no era poco en aquellos días.



El escritor Ernesto Montenegro.